

El sueño de una tarde de verano

En una tarde de julio, la Alameda, vestida con la gala de su incomparable ramaje, es un lugar que invita al reposo, bajo la sombra benefactora de sus árboles, en el cobijo acogedor y asaz incómodo de uno de sus bancos.

La quietud extremada que reina en ella y la leve brisa que sopla invitan a recogerse en uno de sus asientos, y desde allí, cómodamente retrepados, dejar a la imaginación volar en alas de quiméricas ilusiones u observar a través del prisma irónico de los rayos de sol, que se filtran cabrilleando entre las hojas, cuanto acontece a nuestro alrededor, o bien seguir el hilo de recónditos pensamientos que, como una estela de sentimientos ignorados, pasa, en caleidoscópica sucesión, por nuestra mente, si bien la indolencia proverbial que nos invade en las jornadas calurosas, hace que, huyendo de todo esfuerzo físico o mental, aceptemos las cosas objetivamente, sin interpretaciones subjetivas o involucren su esencia.

La superficie de la Alameda es gris, desprovista de personalidad. De trecho en trecho, algunos oasis terrosos, desasfaltados, en los que el agua se acumula en época de lluvias.

Un capricho, hijo del tedio que comienza a invadirnos, nos mueve a contar los baches. Ya habíamos perdido la cuenta de ellos, cuando, de improviso, sobre la ancha calzada acertamos a distinguir tres figuras femeniles que, ingravidas, avanzan hacia nosotros. El claroscuro juega en sus rostros y sus contoneantes siluetas, medidas al compás del viento, oscilan cual muñecos de guiñol que mano oculta mueve. No hay duda que el embrujo de la tarde es quien nos fascina y nos lleva por extraños senderos llenos de figuraciones caprichosas. Y es el mismo embrujo, ahora que tenemos ante nosotros las tres muchachas, el que, en brevísima mutación, nos hace ver la gracia helénica en sus siluetas primero, y después, una reproducción de legendarias estatuas mitológicas, obra de un moderno y bárbaro Fidias, esculpidas con el empleo de todos sus medios coactivos y visto el modelo a través de un juego de espejos cóncavos y convexos, que le dan una absoluta sensación de irrealidad, de una enigmática irrealidad que quiere ser la más cierta expresión de ese enigma constante en indescifrable que es fémica.

verano al pentágono en páginas llenas de inspiración. Nosotros, más prosaicos, vamos recogiendo nuestras experiencias y trasladándolas al papel.

Bella estación la estival. En ella, al par que se satisfacen ansias refrenadas a lo largo del año, el afán de las gentes por algo que es consustancial a la misma, se justifica; y hete aquí por qué nosotros nos basamos en idéntica justificación para nuestros anhelos, si bien "sotto voce" no dejamos de confesarnos que no es el placer de refrescar nuestros cuerpos solamente el único incentivo que nos mueve a practicar el deporte natatorio, y así, en una arde caliginosa cual ésta, nuestra añoranza va a uno de esos lugares en los que el hombre hace la competencia a las ranas.

Tales añoranzas producen un deleite que embriaga los sentidos y los adormece; y así, adormecidos estábamos cuando oímos una voz exclamar: "¡Eh, tú, no te bañes!" "¡Vaya bañista que es el tío!" y otras cosas por el estilo. Despertamos, sobresaltados, pensando que el hado bueno que nos tiende su mano en determinados momentos de nuestra vida, se había apiadado de nosotros sufrimientos, brindándonos en nuestra Alameda un estanque en el que podríamos satisfacer nuestros deseos. Pero no: en la Alameda sólo hay agua cuando llueve; entonces, eso sí, a conciencia. Los gritos (de alguna manera hay que denominar ciertos sonidos) provenían de un grupo de mozalbetes que, sentados ante el velador de un conocido bar renteriano, jugaban una partida de naipes.

La desilusión sufrida es la causa de que en nuestro éxtasis somnoliento comencemos a filosofar sobre la inconsistencia de las cosas terrenas, y opinemos, como Calderón, que "la vida es sueño", lo cual, dicho por nosotros, no tendría éxito, pero como lo enunció Calderón, ¡a ver quién lo mueve!, aunque no falte quien diga que eso de Calderón es pura música...

Siguiendo con la inconsistencia terrena, nosotros, clasicistas acérrimos, que no comulgamos con la idea musical sobre Calderón, nos vemos fatalmente impelidos a ella ante el que, en su sonoro dormir, emite un durmiente que reposa al respaldo del banco que ocupamos y que para nosotros es una invitación tentadora, que acabamos por aceptar, riéndonos "in mente" del príncipe danés y su dilema, con todos los respetos, de paso sea dicho, para Shakespeare...

Mendelsshon vertió las excelencias del embrujo del

J. GIL VITORIA

**Servicio de TRANSPORTES
en camiones y camionetas**

Manuel Bengoechea

Servicio continuo a las estaciones NORTE y FRONTERA

Magdalena, 36

RENTERIA

Teléfono 60-68